

La Crisis del siglo III. Realidad histórica y distorsiones historiográficas¹

*José Fernández Ubiña**

Durante el período que separa la entronización del emperador Cómodo (180 d. de C.) y la de Diocleciano (finales del 284), Roma conoció algunos de los momentos más trágicos y caóticos de su historia. Las invasiones de germanos y persas, las guerras civiles, los estragos de la peste, la despoblación de algunas regiones, el aumento de la presión fiscal y el empobrecimiento de amplias masas populares situaron al Imperio en condiciones tan difíciles que algunos llegaron a temer -y otros a desear- su propia desaparición. Los sentimientos pesimistas de algunas fuentes han conmovido tanto a historiadores modernos que no sólo estos momentos críticos, sino el siglo III en su conjunto, han venido a considerarse como el preludio fatídico de la decadencia y fenecimiento de la civilización clásica.

La "crisis del siglo III" es, sin embargo, un mito historiográfico. Las fuentes no avalan tantas y tan extendidas miserias en tan prolongado período de tiempo. En realidad, todos los elementos de las contradicciones internas que definen el Principado (autoridad imperial y senatorial; poder civil y militar; privilegios de Italia y explotación de las provincias; evergetismo urbano y cargas curiales...) habían mantenido un equilibrio inestable durante los siglos I y II, y ya entonces habían propiciado momentos no menos críticos que los documentados para la tercera centuria: desde la insurrección militar del año 14, apenas muerto Augusto, hasta la incapacidad de Marco Aurelio para sufragar con fondos públicos la resistencia a las invasiones bárbaras; desde el año trágico de los cuatro emperadores que com-

*Catedrático de Historia Romana del Depto. de Historia Antigua de la Universidad de Granada

¹ Este artículo desarrolla la conferencia pronunciada en el Seminario sobre *La transición del Mundo Antiguo al Medieval: problemas y vías*, organizado por la Fundación de Investigaciones Marxistas de Madrid, durante el curso 1995-96. Agradezco al profesor Juan Trías Vejarano su autorización para publicarlo ahora en la República de Chile, así como a mi colega de las Universidades de Concepción y del Bío-Bío, Alejandro Bancalari, por su interés en el mismo.

pitén por el trono a la muerte de Nerón hasta la guerra civil de Avio Casio contra el emperador filósofo. El Principado está igualmente poblado de emperadores ineptos o nefastos, unánimemente vituperados por la historiografía romana: Tiberio fue descrito como un hipócrita resentido, Calígula como un sádico perverso, Claudio como un subnormal, Nerón como impío parricida, Domiciano como un déspota... incluso la dinastía humanista de los Antoninos contó en sus filas a emperadores tan denostados como Adriano y por supuesto Cómodo, con el que se supone comienza una edad de hierro para el decrepito Imperio. Los problemas agrarios de Italia, la concesión de la ciudadanía romana a numerosos provinciales, la incipiente barbarización del ejército o la difusión espectacular de algunos cultos orientales son, a modo de muestra, testimonios irrefutables de las transformaciones políticas, sociales e ideológicas sufridas por el sistema imperial en sus dos primeros siglos: "Considerándolo de cerca -escribió Petit-, se llega a la conclusión de que la historia del Imperio no fue más que una sucesión de crisis en el seno de un apogeo completamente superficial"². Consecuentemente, el siglo siguiente no puede ser en modo alguno calificado en su conjunto como una época de "crisis" o de "decadencia". Por el contrario, extensas regiones del Imperio conocieron entonces períodos de bienestar, el largo reinado de los Severos (193-235) fue en general de estabilidad política y de recuperación socioeconómica y, en fin, desde Galieno (253-268) se ponen en práctica eficaces medidas reformistas que permitirían la definitiva recuperación del Imperio bajo Diocleciano y Constantino. Si Roma es durante el siglo IV el indiscutible amo del mundo, ello prueba la capacidad del régimen augústeo para superar sus antagonismos internos y las amenazas del exterior. Para cuestionar semejante evidencia, se ha argumentado que éste no era ya el Estado altoimperial, sino un Imperio con rasgos diferentes tanto en sus estructuras sociales como en sus superestructuras jurídicas o ideológicas. Es cierto. Pero de aquí no cabe deducir que el siglo III fuese una enfermedad mal curada, a no ser que se idealice el Principado como un período de armonía social y de esplendor espiritual frente al Imperio cristiano, barbarizado y cuasi feudal de la Antigüedad Tardía. En realidad, es aquí, en la contemplación del Bajo Imperio como declive de la cultura clásica, donde descansa en última instancia la valoración del siglo III como una época de crisis.

1.- El siglo III en la historiografía clasicista

A los pioneros de la historiografía moderna, los humanistas del *Quattrocento* y los ilustrados del XVIII, les interesó mucho más la época imperial de Roma que la monárquica y republicana. Los eruditos europeos de aquellos siglos, que sintieron una admiración singular por el mundo clásico, se preocuparon muy especialmente por las causas y las circunstancias de su final, algo que ellos sólo podían entender con criterios pesimistas y que convirtieron de hecho en el paradigma de cualquier momento histórico de decadencia. Así pues, la historia de la historiografía sobre el

² PETIT P., *La paz romana*, Barcelona 1976, 258.

imperio se caracteriza, por una parte, por su notable precocidad respecto a las otras etapas de la historia de Roma y, por otra, por su elaboración retrospectiva, a la luz de la "decadencia tardoimperial". Por esta razón, el siglo III, antesala de la decadencia romana, fue objeto de un interés muy particular que se mantendrá vivo hasta la actualidad³.

Pero semejante visión historiográfica no se sustentaba tanto en la naturaleza de las fuentes literaria como en las experiencias culturales de la Europa moderna, sobre todo en la ruptura del humanismo con los esquemas teológicos del Medievo. El debate ideológico, y hasta la simple erudición romanista de estos siglos, tomaron la forma de una meticulosa reconstrucción histórica: Lorenzo Valla (1440) pudo así demostrar la falsedad de la *donatio Constantini* y de las cartas de Jesús al rey Abgaro de Edesa, Leonardo Bruni Aretino y Flavio Biondo polemizan poco después sobre las fechas y las causas de la *vacillatio* o *inclinatio* imperial, Juan Bodin refuta en su *Methodus* (1566) la identificación calvinista del Imperio romano con la cuarta monarquía de Daniel, Löwenklav reivindica la figura histórica de Juliano frente a Constantino (*Apología en defensa de Zósimo*, 1576) y Godefroy, por citar un último y relevante ejemplo, elabora un estudio sobre el *Codex Theodosianus* (1665) que sigue siendo hoy una obra de referencia⁴. Las evocaciones que entonces se hacían sobre la época monárquica o republicana (por ej. Petrarca o Maquiavelo) carecían, en cambio, de ese espíritu crítico, pues sólo eran proyecciones ideológicas de las élites cultas europeas a un mundo clásico mitificado, pasado y a la vez eterno. Naturalmente, todos tenían la convicción, que pocos compartirían hoy, de que la decadencia equivale al abandono de las tradiciones antiguas, en este caso de las virtudes republicanas, cuya recuperación era precisamente el ideario político de los hombres del Renacimiento y de la Ilustración.

Las luchas religiosas de la Europa moderna no hicieron sino afianzar esta orientación historiográfica, pues el movimiento reformista dijo inspirarse en la pureza del cristianismo primitivo a la par que tachaba a los católicos contrarreformistas de proseguir la tradición ritualista, autoritaria y vacua de la Gran Iglesia postconstantiniana. Precisar el momento en que aquel cristianismo inmaculado de los orígenes se convierte en la religión corrompida de la Iglesia triunfante o bien negar este proceso, pasó, por tanto, a constituir una tarea de vital trascendencia, como puede ilustrar en España la obra de Fernando de Mendoza en pro de la ortodoxia del Concilio de Ilíberis y de su validez histórica para justificar la política antiherética de Felipe II. Con una perspectiva más general, éstos son también los criterios con que el abad jansenista Sebastien Lenain de Tillemont escribe la *Histoire*

³ Para una visión historiográfica más detallada, cf. esp. MAZZARINO S., *Storia romana e storiografia moderna*, Nápoles 1954, 11 ss. IDEM, *El fin del mundo antiguo*, México 1961, 74 ss. MOMIGLIANO A., "La formazione della moderna storiografia sull'impero romano", en *Contributo alla storia degli studi classici*, Roma 1956, 107 ss. CHRIST K., "Der Untergang des römischen Reiches in antiker und moderner Sicht", en *Der Untergang des römischen Reiches*, Darmstadt 1970, 1-31; MAZZA M., *Lotte sociali e restaurazione autoritaria nel III secolo D.C.*, Roma-Bari 1973, 17 ss.

⁴ GODEFROY (GOTHOFREDUS), *Codex Theodosianus cum perpetuis commentariis* J.GOTHOFREDI, Ed. Ritter, 1736 ss.

des empereurs (de Augusto al siglo VI, 1690 ss.) y su contrapunto eclesiástico *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles* (París 1699 ss.), obras que pretenden aunar la historia política y religiosa a la manera cristiana del siglo XVII⁵.

La tradición historiográfica que interpretaba el imperio como decadencia de la Roma clásica alcanzará su cenit con la obra del ilustrado inglés Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire* (1776-1787)⁶, cuyo propósito -expuesto sustancialmente en los capítulos 15 y 16- era sin embargo el contrario de Tillemont: narrar el fin del mundo antiguo ante los embates de la barbarie y de la religión cristiana, desde el esplendor de la dinastía de los Antoninos hasta la caída de Constantinopla en poder de los turcos el año 1453. Gibbon supera el anticuarismo humanista y la filosofía de la Historia de los ilustrados, sobre todo Voltaire y Montesquieu, pero también se vio limitado por los prejuicios ideológicos de unos y otros⁷. Su propia datación de la decadencia es ya un postulado anticuarista, pues sólo en ese espíritu cabría iniciarla con precisión el año 180, con la entronización de Cómodo, el hijo degenerado del gran Marco Aurelio. De ahora en adelante, las viejas virtudes romanas, la libertad y la moralidad política, no harán sino periclitarse ante el avance de fuerzas disolventes. Para hacer una afirmación tan contundente era necesario elevar el período anterior, el de los Antoninos, a una grandeza histórica igualmente desmesurada, y de hecho Gibbon sólo puede describir y justificar teóricamente un período tan prolongado de decadencia (casi 1300 años), convirtiendo el siglo II en una época paradisíaca: "si se tratase de puntualizar el plazo de la historia del mundo en que el linaje humano floreció y prosperó más señaladamente, nombraríase sin titubear el que medió desde la muerte de Domiciano hasta el advenimiento de Cómodo"⁸. El declive de esa edad mítica se materializa en un pésimo gobierno imperial, la pérdida del poder por parte del Senado y la degeneración política y racial del ejército. A la humillación de las clases dirigentes se contraponen los privilegios concedidos a unos soldados cada vez más barbarizados en todos los aspectos, como a su juicio ilustraba la política de los Severos. A sabiendas de que era una explicación insuficiente, Gibbon eleva su perspectiva teórica y reflexiona sobre el milagro de que un imperio tan vasto lograra perdurar tan largos siglos.

⁵ DIAZ TOLEDO A., *El Concilio de Elvira a la luz de Fernando de Mendoza*, Sodalitas III, 1983, 109-23.

⁶ GIBBON E., *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, Madrid 1984 (Barcelona 1842). En adelante citada como GIBBON.

⁷ La obra de Gibbon han sido objeto inagotable de análisis en nuestro siglo. Entre los estudios más recientes cabe recordar WHITE L. (Ed.), *The transformation of the Roman World. Gibbon's Problem after two centuries*, Berkeley-Los Angeles 1966; BOWERSOCK G.W. y CLIVE J. (eds.), *Edward Gibbon and the Decline and Fall of the Roman Empire*, Cambridge, Mass. 1977; DUCREY P.(ed.), *Gibbon et Rome à la lumière de l'historiographie moderne*, Ginebra 1977; MOMIGLIANO A., "Gibbon's contribution to historical method", *Historia* I (1954), 450 ss. IDEM, "Edward Gibbon fuori e dentro la cultura italiana", en *Sesto Contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma 1980 (estos y otros artículos sobre Gibbon pueden verse reunidos en MOMIGLIANO A., *Sui fondamenti della storia antica*, Turín 1984, pp. 312 ss.); CRADDOCK P.B., *Edward Gibbon: Luminous Historian*, Standford 1987.

Es entonces cuando advierte la inconsistencia del *dictum* volteriano («Cet Empire est tombé parce qu'il existait. I faut bien que tout tombe»), para apostillarlo con un criterio más histórico: "The decline of Rome was the natural and inevitable effect of immoderate greatness"⁹.

Así pues, el siglo III es sólo el inicio de una decadencia multiseular y natural, orgánica, cuya mejor expresión es la progresiva degradación del ejército ciudadano desde los tiempos de Mario. Si Montesquieu ya había relacionado la virtud republicana con la eficiencia militar y vio aquí el pilar de la grandeza romana¹⁰, para Gibbon la degeneración del ejército no era sino el reflejo de la degeneración social del Alto Imperio: "Orillado el requisito de propiedad, acaudillaban siempre los ejércitos romanos oficiales de nacimiento y educación hidalga; pero los meros soldados, al par de las tropas mercenarias de la Europa moderna, se alistaban entre las heces, y aun con frecuencia entre los mayores forajidos que afrentaban el linaje humano"¹¹. Aunque Gibbon sintió especial predilección por los temas militares, incluyendo los de su propia época, sus consideraciones aristocráticas reflejan en este caso el fuerte espíritu elitista de los ilustrados y su desprecio al pueblo llano. Por eso él juzga igual de degradante la *Constitutio Antoniniana*, que universalizaba la ciudadanía romana en tiempos de Caracalla, y se adhiere sin reservas a los planteamientos desechados de los historiadores prosenatoriales, en especial de aquellos que como Tácito o Dion Casio representan con fidelidad la "storiografía antimperiale della libertà perduta"¹². Ni él ni historiador alguno de la Ilustración se interesó por ningún aspecto de lo que hoy entendemos como historia social: el desarrollo provincial, las formas de trabajo y dependencia, la expansión de la ciudadanía romana... Todas estas cuestiones, que son las que realmente pueden explicar las transformaciones del siglo III, le pasaron inadvertidas o, peor aún, las percibió como testimonio de la decadencia y de la degeneración del viejo y virtuoso orden romano tradicional. En esta perspectiva, cabe afirmar que Gibbon no constata una crisis peculiar durante el siglo III, sino que ahí situó el punto de partida de un declive multiseular. Así pues, su interpretación estuvo limitada por dos prejuicios:

⁸ GIBBON, cap. III, p. 98 (cf. en este mismo sentido las palabras iniciales de su obra: p. 19). Sobre la idealización de esta época, cf. GIARRIZZO G., *E. Gibbon e la cultura europea del Settecento*, Nápoles 1954, 244 ss.; LOMAS F.J., "Observaciones de E. Gibbon sobre los Antoninos desde la atalaya de la Ilustración", en GASCO F. y FALQUE E. (eds.), *El pasado renacido*, Sevilla 1992, 141-171, esp. 141-155.

⁹ VOLTAIRE, *Dictionnaire philosophique*, I, 260; GIBBON, cap. 38, p. 402: "la decadencia de Roma era natural e inevitablemente el paradero de tan descompasada grandeza... Sencilla y obvia es la relación de su ruina; y en vez de inquirir por qué se estrelló el imperio romano, debiéramos antes pasmarnos de su dilatada duración".

¹⁰ MONTESQUIEU, *Considerations sur les causes de la grandeur des romains et de leur décadence*, Paris 1968, 32 ss.

¹¹ GIBBON, cap. I, p. 25.

¹² CALVANI V. y GIARDINA A., *Storia antica*, Roma, Roma-Bari 1978, 201 ss.

en primer lugar, por su propia conciencia de clase, por su contento de pertenecer a la minoría privilegiada que regía el mundo: "Cuando contemplo -escribe en su Autobiografía- la suerte común de los mortales tengo que reconocer que he sacado un gran premio en la lotería de la vida. La mayor parte del globo está sumida en la barbarie o en la esclavitud; en el mundo civilizado, la clase más numerosa se halla condenada a la ignorancia y a la pobreza y la doble suerte de mi nacimiento en un país libre y esclarecido, en una familia honorable y rica, es la venturosa contingencia de uno contra millones"¹³. En segundo lugar, porque esta conciencia clasista le lleva a evocar el mundo clásico como la cultura exquisita e impar de la que todo ilustrado se sentía heredero. Se trata, en suma, de una contemplación parcial del clasicismo, desautorizada por el relativismo cultural de la antropología moderna y por un conocimiento más riguroso del mundo antiguo, de sus contenidos populares, de sus variadas expresiones espirituales y de su evolución histórica.

La ideología elitista de Gibbon se deja traslucir igualmente en su valoración del Cristianismo como causa y sobre todo como consecuencia de la decadencia romana¹⁴. Se inspiraba para ello en la polémica desatada siglos antes por Johannes Löwenklau (1576), cuando reivindicó la veracidad histórica de la tradición pagana sobre Constantino, que lo presentaba como un emperador hipócrita y cruel, incapaz política y militarmente, un opresor fiscal y un asesino que sólo encontró paz, al final de sus días, en la conversión interesada a una fe cristiana dispuesta a perdonar los crímenes más execrables¹⁵. La polémica nos interesa además porque la crisis imperial se desplaza ahora del siglo III al siglo IV y será por tanto en este último donde se fecharán los factores disolventes del esplendor de Roma, desde los emperadores más pérfidos y la opresión fiscal hasta el declive militar y la propia corrupción eclesiástica. Gibbon otorga, sin embargo, un margen de sinceridad a la conversión de Constantino, teniendo en cuenta la cargada atmósfera espiritual de la época: "En temporadas de fervor religioso se echa de ver que hasta los estadistas más atinados están abrigando el mismo entusiasmo que infunden a los demás... Aplausos desmerecidos suelen a veces sacar a la luz prendas efectivas, y la religiosidad especiosa de Constantino, si era al principio meramente afectada, pudo luego, al impulso de alabanzas, ejercicio y ejemplo, redundar en fe veraz, entrañable y fervorosa"¹⁶. En esta perspectiva, aceptando la realidad del *Christianismus politicus* de Constantino y a la par explicándola como producto ideológico de su tiempo, Gibbon supera tanto los prejuicios anticristianos de los filósofos ilustrados como los apriorismos teológicos de la hagiografía eclesiástica, y establece las bases para una correcta comprensión histórica del triunfo del Cristianismo.

Sin esta ruptura gibboniana, sería inconcebible el análisis fundamental de J. Burckhardt sobre Constantino y su tiempo (1852). Superando los esquemas

¹³ GIBBON E., *Autobiografía*, Buenos Aires 1949, 158.

¹⁴ GIBBON, *Autobiografía*, 124; *Historia*, cap. 37, p. 308.

¹⁵ MAZZARINO S., *El fin del mundo antiguo*, 93 ss. MAZZA M., *op.cit.* 31

¹⁶ GIBBON E., *Autobiografía*, 73; *Historia*, cap. 20, p. 364.

empiristas de la *Altertumswissenschaft*, que aún prevalecían en el romanticismo final del siglo XIX, Burckhardt comprendió que la conversión de Constantino no era tanto un drama personal cuanto la manifestación más significativa de la pervivencia de la espiritualidad pagana en el Cristianismo. Por eso, para él la época de Constantino no se identifica con la obra del emperador, sino con la evolución cultural (*Kulturgeschichte*) del siglo III. Aunque influenciado por Gibbon, el planteamiento burckhardtiano es en cierto modo antagónico al de todos los ilustrados, pues en absoluto considera que el clasicismo muriese ante el avance arrollador de la cultura cristiana. Muy al contrario, su interés primordial es describir el proceso exquisitamente histórico de la continuidad: "Resumiendo todo lo dicho hasta aquí, veremos que no sólo la disolución del paganismo favorece, de un modo general, al cristianismo, sino que muchos de los síntomas de esa disolución contienen como un prenuncio del cristianismo, se acercan a él. En primer lugar, la mezcla de dioses era muy apropiada para preparar el terreno a una nueva religión. Desnacionalizaba lo divino y lo hacía universal... Además, el contenido esencial de las ideas paganas tardías era bastante análogo al cristianismo"¹⁷. No era una idea aislada y brillante del entonces jovencísimo Burckhardt. Su tesis emana en realidad de una concepción histórica revolucionaria (en relación con la pobreza teórica del historicismo optimista que lo circundaba, inspirado por Mommsen, y que tan injustamente marginó su obra¹⁸), al comprender que la época imperial no interesa por la grandeza de sus personajes sino por la trascendencia de las transformaciones culturales y más concretamente por el proceso que abocó en la hegemonía social y espiritual del Cristianismo, que para él era también el acta de nacimiento de la vieja Europa. Se entiende así la importancia del siglo III, cuyo estudio ocupa la mayor parte de su obra, al margen de sus convulsiones militares o monetarias. Lo que se verificó entonces no fue un enfrentamiento violento, sino la "demonización del paganismo", un declive natural y general de la cultura clásica -e incluso de la sociedad, con la perceptible degeneración racial de sus élites-, que apenas logrará sobrevivir bajo la bandera extraña del Cristianismo triunfante: "Toda la historia de esta época es un testimonio elocuente del envejecimiento y decadencia de la vida romana, en lo que no incumbe culpa alguna al cristianismo..." Para avalar su tesis, Burckhardt recurre a diversos testimonios monumentales y escritos (Séneca, Plinio, Petronio, Floro, Dion Crisóstomo, Dion Casio, Quintiliano, Juvenal, Aulo Gelio, Eliano, Ateneo, Macrobio...), sin advertir que la mayoría de estos autores denigraron su propio tiempo y exaltaron los tiempos pasados sin ánimo de denunciar la realidad social (de la que ellos eran beneficiarios) sino de expresar más bien su tímida oposición al

¹⁷ BURCKHARDT J., *Del paganismo al cristianismo. La época de Constantino el Grande*, México 1982, 238-239. Cf. LÖWITH K., *El sentido de la Historia*, Madrid 1968, 37-52.

¹⁸ El estudio más completo es el de KAEGI W., *J. Burckhardt. Eine Biographie*, 4 vols. Basilea/Stuttgart 1950-1967. Cf. además MAZZARINO S., "Burckhardt politologo. 'L'età di Costantino' e la moderna ideazione storiografica", en *Antico, tardoantico ed era costantiniana*, Roma 1974, 32-50. y MOMIGLIANO A., "Introduzione alla *Griechische Kulturgeschichte* di Jacob Burckhardt", en *Sui fondamenti della storia antica*, 393-409 (con un "Appendice crítico-bibliografica", en pp. 404-409).

Principado y su vinculación nostálgica a la ideología de la *libertas* senatorial¹⁹.

Eliminar el antagonismo entre paganismo y cristianismo fue ciertamente una de las aportaciones más valiosas de Burckhardt, pero había en su obra una observación sobre la degradación racial de las élites, que tendría un extraordinario desarrollo y una desafortunada aplicación sociológica por los movimientos racistas de la modernidad: "si miramos al tipo físico no podemos negar que en esta época se produce una degeneración de la raza, por lo menos en las clases altas. El juicio no se basa únicamente en las manifestaciones de autores que, en diversas ocasiones, aludieron ya muy pronto a algo parecido, sino que es el arte mismo quien nos proporciona la prueba más irrefutable en numerosos monumentos, hasta en aquellos que no permiten ninguna excusa por virtud de la torpeza del artista"²⁰. La evolución biológica de los pueblos y de las culturas era en efecto una concepción histórica con ilustres antecedentes clásicos y cristianos, como Séneca, Floro o Cipriano, que habían encontrado en ella una fácil explicación para los problemas de su propio tiempo. El romanticismo decimonónico recupera esta idea desde su perspectiva más gratificante: el encanto de unos pueblos jóvenes, salvajes y aún no corrompidos por la civilización, que vienen a renovar y revitalizar Roma en los años de su senectud. La visión de la vejez como decadencia (o viceversa) se adornó con tonos cientifistas (y hasta poéticos) tras las indagaciones de Darwin sobre la evolución de las especies publicadas en estas fechas²¹, cuyas leyes se hicieron extensivas, de manera entusiasta y mimética, a todos los aspectos de la vida social y del desarrollo histórico. La historiografía de la época emplea con profusión los novísimos conceptos de raza, herencia, rasgos físicos, degeneración, factores climáticos, crecimiento demográfico, superpoblación, etc. y un postulado nada inocente comienza a tener carta de ciudadanía: el orden social es un orden natural. Llegado a este

¹⁹ Cf. MACMULLEN R., *Enemies of the Roman order. Treason, unrest and alienation in the Empire*, Londres 1992, I ss. y 242-4; BURCKHARDT J., *Del paganismo al cristianismo*, 242 ss. En su *Weltgeschichtliche Betrachtungen* (traducción catalana, *Consideracions sobre la historia universal*, Barcelona 1983) Burckhardt insiste en esta confluencia cultural del cristianismo y del paganismo tardorromano. El profesor de la Universidad de Keele, G. Nussbaum, que compensa sobradamente su invidencia física con una penetrante agudeza histórica, me llamó epistolarmente (Junio, 1994) la atención sobre este precedente burckhardtiano (que yo desconocía cuando escribí "*Le Concile d'Elvire et l'Esprit du paganisme*", DHA 19,1, 1993, pp. 309-318), con palabras que reproduzco como agradecimiento a este colega singular y como síntesis de la aportación teórica del gran historiador de Basilea: "*he has a view there that the key concept for understanding what happens in history is the concept of metamorphosis... And he asserted that there has been only one fully completed metamorphosis so far, and that was the transformation of the Western Roman Empire into the Roman Catholic Church, or perhaps we should call it Western Christendom. It is an interesting idea -how well it will stand up to scrutiny I don't know. But it struck me, reading your paper, that the Council of Elvira as expounded by Ubiña might well be cited in support of Burckhardt's thesis*".

²⁰ BURCKHARDT J., *Del paganismo al cristianismo*, 246.

²¹ DARWIN Ch., *On the origins of species by means of natural selection*, Londres 1859. La más célebre contemplación poética de la decadencia es el soneto que Verlaine dedica a Georges Courteline: "Je suis l'Empire à la fin de la décadence./ Qui regarde passer les grands Barbares blancs..." (*Jadis et naguère*, 1884): cf. MARROU H.-I., *¿Decadencia romana o antigüedad tardía? Siglos III-VI*, Madrid 1980, 12 ss.

punto, el llamado darwinismo sociológico no era, pues, sino una burda justificación de las desigualdades impuestas por un capitalismo rampante.

En este ambiente escribe Otto Seeck su célebre *Geschichte des Untergangs der antiken Welt*, una obra meritoria en cuanto descubre por primera vez el Bajo Imperio a la historiografía positivista, pero que, a la postre, no es sino la aplicación de los criterios racistas y darwinistas antes mencionados a la historia del Imperio romano²². A diferencia de Burckhardt, que explicaba la degeneración social y cultural del Imperio como un proceso orgánico y espiritual, Seeck formula una tesis científicista y dogmática en consonancia con su propio tiempo: la decadencia de Roma fue debida a la eliminación de los mejores (*Ausrottung der Besten*), un planteamiento anómalo de los principios darwinistas pues deduce una evolución en sentido inverso, en beneficio de los peores, durante el Bajo Imperio. Seeck nos interesa especialmente por su contemplación positiva del siglo III: si hubo una época catastrófica en la historia de Roma, ésa sería la época de Constantino y de sus sucesores, a los que consagra la mayor parte de su obra. La decrepitud había alcanzado a todas las esferas de la vida pública y privada del Principado: el imperio recaía en manos despóticas de ineptos, corruptos y cobardes, al igual que las restantes instituciones cívicas del Imperio; el ejército debía recurrir a levvas obligatorias y apenas si lograba alistar a marginados sociales, provinciales y bárbaros; la religiosidad había perdido su autenticidad original en provecho de los cultos orientales; la sociedad había igualado por abajo a la aristocracia tradicional y a los espíritus más sublimes con los antiguos esclavos, libertos, provinciales y extranjeros, que son convertidos en ciudadanos por Caracalla como reconocimiento legal de la naturaleza plurinacional, no romana, del Imperio; la economía, simbolizada en el sistema de patronato, se sustentaba en el parasitismo y el servilismo social, y éstos eran también los rasgos de la producción literaria y artística. Consciente de esta situación calamitosa, Marco Aurelio intenta fortalecer las legiones y mejorar la agricultura alistando a los bárbaros y asentándolos como colonos. Aunque ya era demasiado tarde, fue esta savia vigorosa la que evitó el colapso definitivo, frenó durante el siglo III los impulsos decadentes y dio a Roma sus postreros momentos de gloria. No fueron pues las *gentes externae* los responsables de su ocaso final. Nunca habrían podido doblegarla si ya no estuviera moribunda por sus propios males. Pero estos pueblos jóvenes, dirigidos por la excelencia de una realeza electiva que recaía en los más capaces de la nobleza y del *Volk* (al contrario de lo que acaecía en Roma), asimilaron con rapidez los aspectos más avanzados de la cultura clásica, desarrollaron sus potencialidades productivas, crecieron demográficamente y pronto se percataron de que su área de expansión natural eran los territorios despoblados del viejo y racialmente degenerado Imperio.

En la misma medida que el imperialismo prusiano y el darwinismo sociológico animan la indagación de Seeck, la revolución bolchevique y el materialismo histórico constituyen el contrapunto contemporáneo de las tesis de Rostovtzeff sobre el declive del imperio romano a lo largo del siglo III, cuando las masas campesi-

²² SEEK O., *Geschichte des Untergangs der antiken Welt*, 6 vols. Stuttgart 1894 ss. La alta valoración que hace del autor y su obra M. Mazza (*Op.cit.*, 57 ss.) no me parece convincente.

nas e incultas, en complicidad con los brutales emperadores soldados, aniquilaron a la "burguesía urbana" del Imperio y, con ella, a la cultura clásica²³. Nunca hasta ahora esa centuria había recibido una consideración tan individualizada y negativa, y quizá sin la aportación de este célebre ruso blanco, exiliado en Oxford, la "crisis" del siglo III carecería de la entidad historiográfica que ha disfrutado hasta hoy. Y ello a pesar de algunos errores manifiestos y de su idealización de las clases medias de las ciudades romanas (a las que denomina burguesía urbana), que habrían sido las clases hegemónicas del Alto Imperio y las responsables de su esplendor económico y cultural. Aunque Rostovtzeff silencia aspectos tan fundamentales como la relación de esta clase con los medios de producción y con los aparatos de Estado, cree que su bienestar derivaba de la explotación de las clases inferiores, particularmente del proletariado urbano y del pequeño campesinado. La crisis estalló por la negativa burguesa a ampliar su base social, permitiendo que los elementos más activos de las restantes clases pudieran gozar también de sus privilegios. La sociedad se polarizó así en dos grupos irreconciliables, burguesía urbana y masas explotadas. Aliadas éstas con los emperadores-soldados, cuyos ejércitos nutrían²⁴, el siglo III es el momento de las luchas de clases más grandiosas de la Antigüedad. Pero su resultado no fue, como nunca lo ha sido, la mejora de las condiciones de vida de los insurgentes, sino la generalización de sus miserias económicas y culturales a toda la sociedad. Lo que sigue al siglo III es sólo ignorancia, despotismo oriental y burocracia cortesana: "el fenómeno principal del proceso de decadencia fue la absorción gradual de las clases cultas por las masas y la simplificación consiguiente de todas las funciones de la vida política, social, económica e intelectual, o sea aquel proceso al que damos el nombre de barbarización del mundo antiguo. La evolución del mundo antiguo es para nosotros una lección y una advertencia. Nuestra civilización no perdurará sino a condición de no ser la civilización de una sola clase, sino la civilización de las masas. Las civilizaciones orientales fueron más estables y duraderas que la grecorromana porque, hallándose basadas principalmente en la religión, eran más accesibles a las masas. Otra enseñanza es que las tentativas violentas de nivelación no han conducido jamás a la elevación de las masas; no han hecho más que aniquilar a las clases superiores, acelerando así el proceso de barbarización. Pero la interrogación última se alza como un fantasma siempre presente y contra el cual ningún exorcismo vale: ¿es posible extender a las clases inferiores una civilización superior sin degradar el contenido de la misma y diluir su calidad hasta desvanecerla por completo? No está condenada toda civilización a decaer apenas comienza a penetrar entre las masas?"²⁵.

²³ ROSTOVITZ M., *Historia económica y social del Imperio Romano*, 2 vols. Madrid 1962 (original inglés de 1926).

²⁴ En la primera edición inglesa de su obra Rostovtzeff hablaba abiertamente de las legiones romanas como si fuesen "el ejército rojo de campesinos", juicio que eliminó en ediciones posteriores: Cf. la excelente y algo jocosa valoración de MOMIGLIANO A., *Studies in Historiography*, Londres 1966, 91-104.

²⁵ ROSTOVITZ M., *Op.cit.*, vol. II, 489.

La conclusión pesimista de Rostovtzeff se ha contrapuesto a menudo con el optimismo que irradiaba Gibbon en el célebre capítulo 38 de su *History*: "Aquella revolución extraordinaria -escribía el historiador inglés- tiene su cabida provechosa en la instrucción del siglo presente. Todo patriota tiene que anteponer y ensalzar exclusivamente los intereses y la gloria de su patria; mas corresponde a un filósofo el ensanchar sus miras y conceptuar Europa a fuer de una gran república, cuyos varios moradores han venido a encumbrarse al mismo nivel de instrucción y de cultura. Seguirá el equilibrio del poder con sus vicisitudes, y alternativamente sobrepujará la prosperidad en nuestro reino o en alguno de los inmediatos; mas tales acontecimientos parciales no alcanzarán a dañar esencialmente al estado general de bienandanza, al sistema de artes, leyes y costumbres con que tanto descuellan en el orbe los europeos y sus colonias. Las naciones montaraces del globo son enemigas comunes de la sociedad civil; y podemos inquirir ansiosamente si está todavía amagando a Europa una repetición de aquellas desventuras que aniquilaron las armas e instituciones de Roma. Quizá las mismas reflexiones ilustrarán la ruina de aquel imperio poderoso, y explicarán las causas probables de nuestra seguridad presente"²⁶. Aunque las conclusiones de uno y otro son diametralmente opuestas, ambas emanan de la misma fuente. No del análisis crítico del mundo antiguo sino del estado de ánimo con que la burguesía moderna a la que ellos pertenecían afrontaba la realidad de su propio tiempo: la etapa de expansión imperialista en el siglo XVIII de Gibbon y las incertidumbres sociales ante el avance de las "masas" comunistas en la Europa de principios del siglo XX que le tocó vivir a Rostovtzeff.

2.- La renovación historiográfica moderna: el siglo III como época de transformación socioeconómica y de innovación cultural

El rasgo principal de la historiografía más reciente sobre el siglo III es el abandono del concepto de "crisis" por el de "continuidad y transformación", una idea que ciertamente ha fascinado a no pocos historiadores actuales, aun cuando no todos se hayan preguntado seriamente si acaso transformación y crisis no pudieran tener el mismo significado²⁷. En todo caso, la idea de una evolución histórica, frente a la de ruptura o decadencia, no presupone renunciar a cierta idealización del mundo antiguo ni desembarazarse consiguientemente del lastre negativo con que los filósofos ilustrados, Gibbon o Rostovtzeff hipotecaron la interpretación del siglo III. De hecho, no pocos historiadores contemporáneos se mantienen fieles a esta visión tradicional, estiman la dinastía de los Antoninos como el período más glorioso de Roma y creen incluso que a partir del siglo III se inicia la Edad Media. Pero si algo realmente novedoso define en este sentido a la historiografía más reciente es la integración del mundo antiguo en la evolución

²⁶ GIBBON, *cap.* 38, *p.* 404.

²⁷ MAZZARINO S., *El fin del mundo antiguo*, *cap.* XIII, 189 ss. MAZZA M., *Op.cit.*, *cap.* II, 93 ss. Los trabajos más importantes han sido reproducidos en KAGAN D. (ed.), *The End of the Roman Empire. Decline or transformation?*, Toronto 1978.

histórica como una etapa más que, en aspectos importantes (esclavitud, arte, religiosidad, etc.), se prolonga durante el período medieval y puede por tanto estudiarse en confrontación con el mismo. En otras palabras, el clasicismo ha dejado de ser el reflejo especular de las élites modernas, sus valores han recuperado su dimensión histórica real y, en fin, nadie lo rememora hoy como crítica de la realidad presente o alternativa utópica de futuro. Se ha superado así la ambigüedad ancestral de los estudios clásicos como recreación de la cultura contemporánea: el clasicismo no es ya, ni quizá vuelva a serlo jamás, la bandera ideológica que acogió durante siglo los proyectos reformistas de unas minorías ilustradas que lo evocaron como el modelo más sublime de sus propias aspiraciones culturales y que estudiaron, por tanto, su declive en una perspectiva menos histórica que sentimental²⁸.

Crisis and Recovery, el título que N.H. Baynes, su coordinador, dio en 1939 al volumen final de la célebre *Cambridge Ancient History*, ilustra bien el desacuerdo de sus autores con las tesis pesimistas de Rostovtzeff y la orientación de los estudios tardorromanos en los últimos decenios. Una visión absolutamente negativa del siglo III era insostenible, y de hecho ninguno de los historiadores que participaron en la redacción de este volumen habló de "decadencia", aun cuando los siglos siguientes fuesen analizados en el volumen I de la *Cambridge Mediaeval History*, coordinado igualmente por Baynes. Desde entonces hasta hoy la historiografía antigua y medieval oscilará entre la valoración del siglo III como punto final de la Antigüedad clásica o bien como un período transitorio de crisis que será superada por Diocleciano y Constantino. En este último supuesto, la cuestión principal estriba en dilucidar si el nuevo imperio cristiano es una continuación de la mítica edad antonina o si por el contrario la superación de la crisis se ha verificado al precio de una transformación radical de sus estructuras socioeconómicas, de sus instituciones políticas y de sus expresiones ideológicas. La respuesta nunca será fácil²⁹. Superada en todo caso la contemplación elitista del mundo antiguo como un conjunto de valores absolutos y normativos, superiores a los de cualquier otra cultura o período histórico, el siglo III comienza a ser analizado desde una perspectiva más crítica del material literario y tomando en consideración las numerosas aportaciones de la arqueología, la epigrafía y la numismática. Esta pluralidad de enfoques ha hecho posible, por una parte, diferenciar etapas y aspec-

²⁸ En esta atmósfera debe entenderse la sentencia orteguiana ante el fin de la cultura clásica: "el fenecimiento de una civilización es, para el hombre, la escena más saturada de melancolía" (ORTEGA Y GASSET J., *Sobre la muerte de Roma*, en Obras completas II, El Espectador (1916-1934), Madrid 1966, p. 537). Cf. CANFORA L., *Ideologías de los estudios clásicos*, Madrid 1991, esp. pp. 5-8 ("Prólogo a la edición española") y 235 ss.

²⁹ Sobre este aspecto, cf. MAIER F.G., *Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII*, Bilbao 1972, 2-15 y PIGANIOL, *L'Empire Chrétien*, Paris 1947. A la manera de la CAH, en el vol. 3.1 de la Storia di Roma dirigida por A. Momigliano y A. Schiavone (Roma-Bari 1988 ss.) y subtítulo Crisi e trasformazioni se analizan los aspectos más diversos del siglo III, pero ninguno de sus autores utiliza los términos crisis o decadencia. Más significativo es si cabe el coloquio celebrado en Estrasburgo en 1981 y editado por E. FRÉZOULS con el título *Crise et redressement dans les provinces européennes de l'Empire (milieu IIIe-milieu IVe siècle a..J.C.)* (Estrasburgo 1983): ninguna de sus 11 contribuciones aborda aspecto alguno del siglo III desde un presupuesto de "crisis" o "decadencia".